

EL PATRIARCADO Y LA MASCULINIDAD Y FEMINIDAD ARQUETÍPICAS

El hecho de que el patriarcado haya sentado las bases del sometimiento de las mujeres, no se traduce en mejoría para los hombres, no se traduce en una situación social armoniosa, en el desarrollo libre e igualitario. El patriarcado ha mutilado muchos aspectos de la personalidad del hombre que, por entenderse como “naturales”, había que extirpar o anular para dar el perfil del hombre fuerte, seguro, dominador-conquistador, director del acontecer histórico y protagonista de la evolución humana. Todo ello ha supuesto para el hombre prescindir de los sentimientos, tapar sensaciones y emociones que lo alejaban del mecanismo de desarrollo que se ha impuesto a sí mismo: la razón. Además de verdugo no sólo de mujeres, sino que también lo es de hombres con los que tiene que competir por ocupar un lugar en la escala de dominio. Las características que supuestamente tienen los hombres y mujeres han servido para encasillarles creando una escala de valores que separa a hombres y mujeres, enfrentándoles de manera que la mujer queda en un plano subordinado. Myriam Miedzian, plantea este encasillamiento enumerando algunos de los valores que en principio podrían ser positivos.

“En los dos casos los rasgos positivos que tradicionalmente se han asociado a cada uno de los dos sexos, se han convertido en caricaturas frustrantes de lo que hombres y mujeres deberían ser. La nutrición, el cuidado de otros, la sensibilidad, la espontaneidad, el saber relacionarse o la preocupación por el entorno físico, se convirtieron en cuidar niños, tener una dependencia infantil, ser pasiva, procrear y trabajar en casa, todo para mayor gloria del consumismo. La iniciativa, la acción, la imprudencia, la curiosidad, el coraje, la competitividad y el pensamiento abstracto se transformaron en dureza, insensibilidad, deseo constante de enfrentarse a otros y de buscar situaciones de peligro, actitudes groseras hacia el sexo y pensamiento mecánico, todo dirigido a cubrir una necesidad egocéntrica y frecuentemente obsesiva de dominar y vencer, ya se trate de guerras, mujeres o estatus social.” (MIEDZIAN, 1995, pág. 49).

El arquetipo viril, “la mística de la masculinidad” ha llevado al hombre a un camino sin salida, un camino tramposo que le oferta grandes privilegios indignos, por

existir a costa de la subordinación de la mujer, y por otro lado, exige al hombre una serie de condiciones que le obligan a aparentar, a fingir que es una persona segura, fuerte, insensible, sin miedo, etc. Es decir, debe vencer sentimientos y necesidades de su personalidad por requerimientos externos a costa de su salud mental y su realización personal libremente decidida.

Primero atenderemos a mostrar el perfil de lo que se le exige al hombre que sea o represente, cuál es el perfil de la masculinidad, qué debe cumplir para ser un hombre de verdad.

“Según esta mística de la masculinidad arquetípica, los valores de un *hombre de verdad* deben ser el vigor y la fuerza, el control sobre el dolor físico, el afán de aventura, la ocultación de los sentimientos y las emociones, la competencia y el enfrentamiento antes que la solidaridad y el dialogo, el espíritu de conquista y de seducción del otro sexo, la apelación continua a la `naturaleza superior` de los hombres como argumentación incuestionable a favor del carácter *natural* e inevitable de la dominación masculina.”
(LOMAS, 2004, pág. 22)

Este código ético es interiorizado por los chicos desde distintos ámbitos que actúan de manera coherente, pero en aspectos propios de cada uno de ellos: el familiar, el educativo, el de las relaciones entre iguales, el deportivo y el de la cultura de masas.

El ámbito familiar conlleva la reproducción de un reparto de tareas, un concepto de subordinación de la mujer e hijas a tareas de servicio y cuidados poco valorados socialmente. Los hijos/as pueden apreciar quién tiene el poder, quién tiene el poder económico, y las diferentes representaciones de lo masculino y lo femenino. La masculinidad caracterizada por un carácter impositivo, jefe, fuerza, seguridad, etc. y la femineidad por la debilidad, dependencia, dulzura, obediencia, etc. Hoy estos papeles están algo debilitados y desde siempre hubo hombres que no cumplían estas expectativas o se negaban a hacerlo, pero se mantienen activos, y en mayor o menor grado siguen estando vigentes.

El ámbito educativo sigue reproduciendo lo que el alumnado ya trae de sus casas. La escuela puede optar por reinterpretar estas experiencias de los niños/as, por recrear este conocimiento experiencial (PEREZ, 1998), pero lo más habitual es que lo asuma

como normal, como “lo que es” y se dedique a trabajar el curriculum académico de las áreas, sin intervenciones que cuestionen la situación de partida. El ámbito de las relaciones entre iguales, donde los chicos reproducen los modelos más destacados de la masculinidad hegemónica.

El ámbito deportivo representa la concreción de la competitividad y el ritual militar de comportamiento en el que vencer es lo más importante, en el que cada individuo se convierte en una ficha de juego para lograr el objetivo de ganar. Desde esta argumentación se justifican las guerras y el sometimiento de los vencidos o fracasados. La cultura de masas o medios de comunicación promueve modelos radicales de la masculinidad hegemónica y de la feminidad sometida. Los héroes de cómic, cine, dibujos animados, etc., son una ventana abierta a la reproducción del patriarcado.

Frente a estas influencias, en 1996 surge el proyecto Arianne. Se trata de un proyecto que tiene dos intervenciones o fases en distintos países europeos. Por un lado, realiza un trabajo etnográfico sobre las identidades y las representaciones sociales de género en la población adolescente de los distintos países participantes. La segunda fase se dedica a la intervención a través de un trabajo de investigación en acción.

El desarrollo de este trabajo ha permitido identificar cinco aspectos básicos comunes a los adolescentes de los países europeos:

A) La masculinidad se define por oposición a la feminidad. Todos los valores, actitudes y representaciones de lo femenino son el referente para los chicos de lo que ellos no pueden hacer o ser. Se rechazan, no se reconocen los valores femeninos. Suponen la minusvaloración de lo femenino y el rechazo, a veces justificado con argumentos biológicos.

B) La ocultación y las dificultades para expresar los sentimientos. Los chicos no son conscientes de que esto les perjudica, además de que provoca el rechazo de las mujeres por considerar que ellas sí exteriorizan y reconocen sus sentimientos y, al hacerlo, muestran su debilidad, inseguridad e inferioridad.

C) Violencia y masculinidad. Entienden que la violencia verbal no es violencia, que se trata de una forma natural y divertida de relación interpersonal, que su aumento no genera violencia física. Se establece una relación clara entre los indicadores

masculinidad y violencia.

D) Homofobia. La homofobia se da igual en chicos como en chicas, y es un claro elemento que juega en contra de las relaciones íntimas de amistad entre chicos. El acercamiento afectivo, los roces físicos y todo tipo de relación de cercanía está condenada de antemano por ser sospechosa de homosexualidad. La homofobia genera comportamientos de rechazo a la expresión de los sentimientos de los chicos entre ellos.

El conflicto entre lo que son y lo que les gustaría ser. Por un lado, son conscientes de que viven la presión social patriarcal y que hay aspectos que reconocen negativos para ellos, pero, por otro lado, se sienten impotentes y desconcertados por no saber qué hacer para cambiar algunos aspectos de su personalidad sexista. Es claro el rechazo del modelo de los hombres adultos, pero no saben cómo cambiar. Los chicos y chicas (de 14 a 18 años) que participaron en España en este proyecto, nos muestran el siguiente perfil (BARRAGÁN, 2004, pág. 147):

- * Las amenazas físicas son masculinas y las simbólicas son femeninas.
- * Las estrategias para alcanzar la popularidad son la cultura de la vida de la calle, el fútbol y los juegos de ordenador.
- * Diferencias entre los líderes (actitudes machistas) y los que los rechazan (actitudes más femeninas).
- * Los chicos son más honestos, sinceros y bromistas. Creen ser mal entendidos por las chicas, a las que creen más complicadas porque no entienden que las agresiones verbales son solamente bromas.
- * El mejor amigo puede ser una chica, pero las novias tienen que ser bellas.
- * El modelo de éxito predominante es el masculino, tanto para los chicos como para las chicas.
- * Desde una concepción tradicional, el éxito masculino y femenino se manifiestan a través de la heterosexualidad, mantener económicamente a la familia y protegerla.
- * Para las chicas lo importante es conseguir lo que te propones en la vida y estar a gusto contigo misma.
- * Sus modelos de personas de éxito son predominantemente cantantes, deportistas, modelos, príncipes y princesas.
- * Un grupo de chicos y chicas, desde la perspectiva de la transformación,

defienden que el éxito es lograr lo que te propones en la vida.

* Aunque, en general se admite que los chicos son más violentos, las chicas no comparten la ideología feminista de la igualdad y defienden que ellas pueden ser tan violentas como ellos y así lo demuestran en su comportamiento cotidiano.

* La homofobia es compartida por chicos y chicas, reforzada por ambos géneros. Un grupo importante considera que hay que romper con las fronteras del género.

* Los chicos manifiestan un conflicto entre las cosas que no les gusta hacer y no poder hacer las cosas que les gustan.

* Presión de los iguales para evitar las drogas peligrosas y el alcohol.

* Los chicos piensan que solamente la violencia sexual y física lo son frente a la verbal, que no es violencia.

Aunque estos datos son de hace una década, poco ha cambiado desde entonces; tal vez se haya acentuado la tendencia a que las chicas imiten a los varones entendiendo que ellos son el modelo a imitar por ser los portadores del éxito, lo que ha provocado un aumento de las expresiones verbales violentas y también las agresiones físicas.

Así pues, puede decirse que los chicos y los hombres han asumido un papel desde la cultura experiencial en los ámbitos de relación natural familia, medios de comunicación, escuela, grupo de iguales, etc. y difícilmente pueden desprenderse de ella. Para poder asumir este papel de triunfador, se han visto forzados a vencer actitudes y necesidades naturales en las personas. Para poder ser viril se precisa un alto grado de fingimiento y un continuo aparentar. Ya que no siempre se puede cumplir con los requerimientos sociales patriarcales, entonces hay que mentir y mentirse sí mismo.

Recogemos de Erick Pescador (2004) cinco aspectos que expresan esa necesidad de fingimiento:

El hombre debe ser fuerte y no llorar, no expresar signos de flaqueza o debilidad. Esto conduce a los varones a no expresar ningún tipo de sentimientos del tipo: miedo, tristeza, abatimiento. Su seguridad ante situaciones límites le lleva a no llorar ni mostrarse débil, por ejemplo, en un entierro de una persona querida, ante una desgracia o catástrofe familiar o personal, etc.

Debe representar el poder. El poder se representa ante los demás por signos

externos que se copian: la ropa, los gestos altivos y seguros, la disponibilidad de dinero, los vehículos, las marcas, los móviles, una forma de hablar, etc.

Infalibilidad. Los hombres no tienen límites, deben saberlo y poder hacerlo todo. Si no lo sabe o no puede hacerlo, tratará de eludir tener que reconocerlo. El simple hecho de preguntar cuando busca una dirección ya supone un gran esfuerzo para un hombre, porque tiene que reconocer que está perdido o desorientado. Una chica del grupo de los estudiantes que participaron en una investigación decía: `la mejor forma de conseguir que un chico haga algo es decirle que no es capaz de hacerlo`.

Responsabilidad. Por el simple hecho de ser hombres se sienten responsables de un gran número de situaciones que piensan que les corresponden, estén capacitados o no: las relaciones sexuales, la casa (aspecto económico) la toma de decisiones ante el grupo, la protección de las chicas en salidas y en cualquier otra situación. Esta sobrerresponsabilidad provoca muchos problemas por los complejos que les crea y daños que provoca en su autoestima.

La iniciativa. Es una lucha continua por competir con chicos y chicas en la toma de decisiones, iniciativas en la sexualidad, en las profesiones, en todo.

El fingimiento en estos aspectos, siempre será un camino por recorrer, inacabado, sin el descanso de haber conseguido meta alguna, porque siempre se podrá mejorar cada una de estas ilusiones-máscaras. Aunque muchos logren cierta satisfacción y orgullo de haber logrado mucho en ese camino a través de la comparación con otros hombres, siempre serán muy pocos y siempre en peligro de tener que medirse con los demás continuamente, así hasta caer ante la juventud y capacitación mayor de otro. Así se convierte en un camino hacia la derrota y la insatisfacción.

Según Erick Pescador existe también una “*identidad oculta*” de cada varón que no puede salir por las presiones que le obligan a fingir y a ocultar otros deseos, otras necesidades.

“ En la socialización de la masculinidad tradicional se oculta al individuo y se deja salir a la norma para evitar la burla o el ostracismo. Sin embargo, descubrir gran parte de esa identidad oculta constituye el punto de partida para el cambio de los hombres hacia una sociedad más igualitaria y

menos esclavizada por la injusta estructura de género. Cuando los varones sean capaces de desconectar de la norma, lo racional y lo que se espera de ellos en el ámbito público y tomen contacto con lo íntimo, con las emociones y con los sentimientos, estaremos comenzando el cambio.” (PESCADOR, 2004, págs. 126-127)

Pero no ser capaz o no querer representar ese papel fingido, lleva directamente al castigo social, las risas y desprecios, la vergüenza y el ostracismo, los insultos y los vacíos en las estructuras de poder en todos los ámbitos. Incluido el poder aprobatorio de las chicas. Tiene también otros costes: tener que llevar la iniciativa en las relaciones sexuales. Escoger el lugar, llevar los preservativos, etc. dificulta a muchos el libre disfrute de la relación sexual. Transgredir cualquiera de los preceptos sociales que le califican como “hombre de verdad”, puede suponer poner en duda su masculinidad y ser tratado como no masculino o afeminado con el carácter de inferioridad que ello conlleva. El continuo ir de duros y fuertes provoca una situación de estrés y de ansiedad en cada situación en la que está a prueba esa dureza y fuerza.

Uno de los daños más significativos de los que el patriarcado ha infligido al hombre es la ocultación-represión de sus sentimientos. No sólo por la merma de salud mental que puede provocar la represión de sentimientos, sino también por los conflictos que provoca en sus relaciones con los demás. Por mandato social, el hombre tiene que aprender a reprimir y ocultar sentimientos como la debilidad, la tristeza, el dolor, el amor, la alegría, el miedo, el placer, etc.

“El modelo de masculinidad que predomina modela una serie de sentimientos y los transforma para reforzar la identidad del varón frente a cualquier atisbo de debilidad (creando otras debilidades). La tristeza y el dolor deben convertirse en fortaleza y contención. Un hombre no puede sostener siempre la tristeza o el dolor porque no sabe, el miedo le invade, pero este tampoco le está permitido. Solo le enseñaron a negar sus emociones, no a atravesarlas y permitirselas. Un hombre no puede mostrar siempre fortaleza frente al amor porque perderá a la persona amada. Tampoco puede resistirse a la alegría o al placer porque ninguna relación personal será viable y placentera. Pero tampoco puede dejar de ser hombre y de defender su virilidad aprendida. ¿Qué sucede cuando el varón `no da la talla`? Cuando un varón cree no dar la talla y su máscara de fortaleza se resquebraja, aparece la rabia en forma de impotencia.” (PESCADOR, 2004,

La ocultación de estos sentimientos provoca impotencia, por la imposibilidad de expresar con libertad, y esto se traduce en rabia que fácilmente lleva a la violencia. Este estado de tensión y agresividad le devuelve aparentemente un estado de seguridad y fortaleza, pero en realidad no resuelve bien sus conflictos y este estado le presenta como un individuo incapaz de relacionarse en una situación de igualdad por mostrarse violento, impositivo, agresivo. Los intercambios en clave de paz no se llegan a desarrollar y sin estas relaciones en clave de paz, tampoco se llega a la felicidad, al placer y a la sexualidad, que son experiencias placenteras por su estado de relajación, paz interior, afectividad y cercanía.

Según Fernando Barragán (2004) los ritos de paso de ser niño a ser adulto, extendidos en la sociedad occidental, pueden ser: la competitividad, la búsqueda de experiencias de riesgo y el consumo de tabaco y alcohol.

A lo largo de la socialización se modelan los sentimientos, Erick Pescador nos ofrece una serie de frases tipo que ilustran la manera en que se moldean los sentimientos en cada edad:

“En la primera infancia: `No llores. Al llegar a la escuela: `Tienes que ser el mejor, no vas a dejar que te ganen las chicas`. En la adolescencia: `Deberías salir con más chicas`. Desde el lenguaje: `Dile a los hombres que vallan sentándose en la mesa que la comida está ya`. Frente al amor: `No te enamores que es una locura`. `Si te dejas llevar te harán daño`. Frente a las mujeres: Todas las mujeres te quieren cazar`. `Todas las tías son unas putas`. En el trabajo: `Tienes que ganar mucho y ser rico y famoso`. `La vida es competencia, ganar o morir`. En el matrimonio: `Tú llevas los pantalones, tú decides`, `Cuidado no vayas a ser un calzonazos`.” (PESCADOR, 2004, pág. 137)

Estas frases son ejemplos de la influencia constante y sistemática que la sociedad ejerce sobre los varones para que acepten e interioricen la masculinidad patriarcal como modelo de vida. Pero existen otros muchos mecanismos para conseguir lo mismo. En todas las culturas existen ritos de iniciación o de paso, en los que los varones que llegan a la adolescencia tienen que demostrar su hombría a través de alguna actividad o rito

que le permita entrar en el “clan de los hombres de verdad”. Estos ritos de paso o de iniciación, suponen el alejamiento de la influencia de la madre, es decir de la influencia femenina. Esto supone que deberá alejarse de ella y asumir lo verdaderamente importante. Ser hombre es un estatus superior que ser mujer y con esta ruptura se consolida esta consideración, de manera que presentar dudas acerca de su hombría le acarrearía problemas con el entorno social. Por eso, si hay algo peor que “no ser hombre” es ser homosexual, porque esto le acercaría mucho más a ser femenino, que es la mayor categoría de inferioridad.

Como hemos visto, el patriarcado ha establecido modelos sobre “cómo son los hombres y mujeres”. Las mujeres son emocionales, sensibles y afectivas. Si ellas son así porque son más naturaleza que razón, el hombre (según los argumentos patriarcales) debe ser la razón, por lo tanto, debe eludir el manifestar los sentimientos, porque los sentimientos son elementos subjetivos que restan calidad a los argumentos de la razón. La razón es objetiva y por lo tanto social, y prevalece lo que es adecuado para la sociedad frente a lo que es individual, a las percepciones particulares de los individuos. Como hemos señalado, el hombre para construir esta personalidad “no llora”, no siente miedo, se controla y evita caer en debilidades afectivas, se domina y controla todas las necesidades, se dedica en exclusividad a la disciplina del trabajo. Además debe ser seguro y competitivo, debe conquistar un espacio para su familia, su grupo, debe proteger a su “camada”, no reconociendo debilidades de ningún tipo.

“Como en la modernidad la masculinidad ha sido identificada con la razón y la universalidad, a los hombres les puede resultar difícil aprender a cuidar y a amar individualmente. Como aprendemos a hacer a un lado nuestras emociones y nuestros sentimientos particulares cuando nos identificamos con nuestro ser racional, nos volvemos insensibles a aspectos importantes de nuestra experiencia. En cierto nivel, los hombres tienen emociones y sentimientos propios, pero están tan acostumbrados a menospreciarlos y devaluarlos como fuentes de conocimiento, que no dejan que se expresen. Aprendemos a recelar de las emociones en parte porque se considera un signo de debilidad y porque amenazan por poner en aprietos nuestro sentido de la identidad masculina.” (SEIDLER, 2000)

Esta muestra de insensibilidad se hace fuerte incluso ante los desastres provocados por las guerras y todo en nombre de la racionalidad masculina, como lo

explica Miryam Miedzian (1995, pág. 61):

“El condicionamiento social que idealiza la guerra y enseña a los niños pequeños a reprimir la sensibilidad, a ser duros, a no tener miedo, a no llorar, a valorar la victoria por encima de todo conduce al desarrollo de un `machismo mental` entre los políticos que deciden sin reparar en escrúpulos morales o emocionales. Su `masculinidad` necesita del `coraje` de tomar decisiones sin preocuparse por el sufrimiento que puedan provocar en otras personas. La `frialdad` a la hora de tomar decisiones, profundamente unidas a los valores de la mística de la masculinidad, se muestra entonces como la `máxima expresión` de la racionalidad masculina.”

Y para terminar de aclarar la importancia de esta frialdad e insensibilidad a niveles mucho más graves que los puramente de relaciones personales consigo mismo y con los demás, sigo citando a Miryam Miedzian y su explicación sobre la masculinidad y las guerras:

“El pensamiento de nuestros intelectuales de la defensa - que es el fundamento de la política nuclear de nuestra nación- se corresponde con los presupuestos más exagerados de la mística masculina. Es un pensamiento duro, `prepotente`, `racional` no afectado por sentimientos de empatía ni preocupaciones morales. Se basa también en la negación psicológica más extrema, que se justifica por la idea equivocada de que la racionalidad precisa de una ausencia de emoción y preocupaciones morales” (MIEDZIAN, 1995, pág. 65).

Aunque Miryam Miedzian se refiere a Estados Unidos, este análisis se puede aceptar para cualquier país occidental. Esta “mística de la masculinidad” de la que habla la autora, está perfectamente representada para los jóvenes y hombres occidentales de estas últimas décadas en el personaje de John Wayne, los más jóvenes tienen como sustitutos otros muchos héroes belicosos. Silvester Stalone es uno de ellos, que representan la “mística de la masculinidad”. Son personajes duros, racionales, insensibles y competitivos.

Pero esta masculinidad no afecta al hombre solamente en cuanto miembro potencial del ejército siempre dispuesto a actuar, en cuanto la patria le exija que muestre

su heroicidad y valentía, es decir tu hombría. Que el hombre acentúe su dureza, sacrificando los sentimientos, ha significado un gran coste para él. El hombre educado así, es incapaz de establecer relaciones afectivas armoniosas con sus hijos/as; cree que basta con mantenerlos, trabajando mucho. El hombre también deja a las mujeres todo lo concerniente a la armonía afectiva y equilibrio de relaciones en la casa-familia, él se siente incapaz de saber qué hacer, cómo ayudar a un hijo/a, a su compañera o a sí mismo. Cuando esto no funciona culpabiliza a la mujer, porque a ella le ha cedido estas cuestiones.

El hombre ha tenido que aprender a controlar el miedo a la violencia que cuando niño le aterrorizaba. Los primeros signos de violencia le hacían temblar. Eludirla y aprender a rechazarla buscando otros mecanismos de resolución de los conflictos, como hacen las niñas, no podía ser, así que tuvo que volverse violento y agresivo, “saltando ante cualquier cosa” para probar su “hombría”. Teniendo que demostrarla continuamente, su manera de hacerlo es mantener siempre una actitud retadora y orgullosa, e incuestionable.

Su carácter ha tenido que caminar hacia la prepotencia para afirmar su seguridad, la seguridad que todo hombre debe mostrar porque está abocado a dirigir muchas naves: la política, el deporte, la familia, la empresa. Todo lo importante en la sociedad le pertenece y él debe estar preparado para ello. Si no se ocupa en grandes proyectos, siempre tendrá la nave familiar en la que habrá de ejercer con la misma “hombría”.

Deberá mostrar una autoridad que no necesitará ganarse por experiencia y capacitación, la heredará por ser hombre, así que tendrá que tapar huecos y no mostrar sus contradicciones, sus errores, sus miedos, ni sus inseguridades. Él es la autoridad en la casa y ante las mujeres y deberá ejercerla, porque todos/as esperan eso de él. Esta muestra de seguridad nunca real y completa, siempre en construcción, le hará cerrarse en sus posturas, no se mostrará abierto a conocer la verdad de muchas cosas con tal de no mostrar inseguridad, deberá aparentar que lo sabe todo. Al hombre le resulta más difícil preguntar por un lugar que busca, por algún local o edificio, antes prefiere arriesgarse a dar vueltas hasta encontrarlo por sí mismo. No pedir ayuda es un signo de independencia y de seguridad.

Desde la década de los setenta del siglo XX, los hombres también han sentido la necesidad de juntarse para revisar quiénes y cómo son, cómo ha influido el patriarcado sobre ellos y qué aspectos de su personalidad van contra ellos y las mujeres. Estos grupos de autoconocimiento surgen a imagen de los que ya pusiera en funcionamiento el movimiento feminista. En estos grupos, los hombres ponen en común sus experiencias, sus sentimientos y reflexionan comunicándose entre ellos los secretos y pensamientos que antes no podían hacer públicos. La idea es la búsqueda de un nuevo modelo de masculinidad, un nuevo hombre que no mantenga sometidas a las mujeres, un nuevo hombre que trabaje por un nuevo modelo de sociedad más justo, equilibrado y solidario en el que los hombres y las mujeres no se distingan nada más que por su sexo, con los mismos derechos y obligaciones, con las mismas posibilidades de desarrollo y de acceso a la construcción de una personalidad libre y abierta a la empatía y el intercambio con los/as demás.

“Los primeros grupos de autoconciencia de hombres fueron fundados en los Estados Unidos a principio de la década de los setenta. De ahí pasaron pronto a la Gran Bretaña, donde fue muy importante el grupo que se llamó *Achilles Heel* (Talón de Aquiles), en el que sería creada en 1978 una revista de política sexual con el mismo nombre. Cuenta Víctor Seidler -uno de sus fundadores- que el grupo nació cuando las mujeres del grupo mixto de debate político en el que estaban se marcharon en bloque, dejándolos solos. Otro grupo importante fue *Men for Men* (hombres en favor de los hombres), que reunía en Spectrum, un suburbio de Londres.”
(RIVERA, 2005, pág. 72)

Actualmente existen grupos de hombres en algunos países europeos y sudamericanos. En España también. En Málaga existe una asociación que anima a varios grupos de hombres que están haciendo su “revolución interior”. Algunos de ellos integran una asociación denominada AHIGE (Asociación de Hombres por la Igualdad de Género) que trata de difundir la existencia de estos grupos de hombres, sus planteamientos y sus estudios sobre el patriarcado desde la perspectiva de hombres que buscan un nuevo modelo de masculinidad. En otras provincias y comunidades autónomas existen otros grupos de hombres que pertenecen a esta red de hombres por la Igualdad de AHIGE, y otros grupos son distintos.

Sin embargo, a los hombres nos queda mucho por avanzar, como se dice en las reuniones de AHIGE, estamos todavía pendientes de nuestra revolución interior y para que se pueda realizar debemos tener en cuenta que ejercer nuestra equivocada e injusta masculinidad es mantener activo el ejercicio de poder sobre las mujeres y mantener un nivel de agresividad y competitividad bastante alto, no sólo contra las mujeres, también contra los demás hombres que sentimos como rivales.

Algunos estudios aseguran que existe algún tipo de predisposición biológica hacia las actitudes agresivas en los hombres, pero también está demostrado que la educación es capaz de acentuar esta propensión o anularla. El sistema educativo, los medios de comunicación, y la familia son agentes indispensables. Los hombres tenemos un importantísimo papel que jugar en esta tarea. Hasta hoy los hombres hemos reflejado este papel ante nuestros hijos. El niño se hace hombre a través de la imagen de los hombres y fundamentalmente de su padre. Este es el resumen de aprendizajes que nos expone Myriam Miedzian:

“De su padre, si está cerca, y del mundo exterior -los medios de comunicación, sus compañeros, la escuela, los libros- aprenderán que ser un hombre significa trabajar fuera de casa, ser fuerte y rudo, no llorar y estar dispuesto a pelearse o a ir a la guerra. También aprenderá que los hombres son más importantes y dominantes en el mundo adulto puesto que son quienes lo organizan. Una inmensa mayoría de los líderes políticos, profesionales y religiosos son hombres. Los trabajos que desempeñan hombres gozan de más prestigio y están mejor remunerados que los de las mujeres. En sus relaciones con las mujeres, los hombres dominan. Son quienes inician las relaciones, `sacan a las mujeres` las invitan. Las mujeres casadas adoptan el apellido de sus maridos y pese a que ellas se ocupan de toda o casi toda la educación infantil, sus hijos llevan primero el apellido del padre. Sin necesidad de que se le diga nada, el niño pequeño comprende rápidamente que en el mundo adulto, la estructura del poder es justo la contraria a la de su pequeño mundo. Por ello siente la necesidad de separarse del mundo menos poderoso, menos prestigioso de las mujeres y buscar su lugar en el mundo de los hombres. Trabaja duro para convertirse en un hombre no llorando, no mostrando miedo, siendo duro y fuerte. Esto implica reprimir sus intensos sentimientos iniciales de apego, dependencia, vulnerabilidad, amor y odio. Y reprimir su anhelo por el mundo más cálido, dulce y empático de las mujeres en el que ha crecido. Estas cualidades se

desprecian como femeninas y por tanto inadecuadas para un hombre de verdad.” (MIEDZIAN, 1995, págs. 123-124)

Por supuesto que hoy muchas mujeres ocupan otros espacios y no se dejan dominar por los hombres, incluso hay algunas que sin haber profundizado suficiente en los planteamientos feministas, se confunden ejerciendo el mismo tipo de poder sobre hombres y mujeres desde el mismo modelo patriarcal. También existen otros hombres que se niegan a ejercer este poder patriarcal y tratan de buscar nuevas formas de ejercer una masculinidad más igualitaria y justa, pero sería poco realista considerar estos ejemplos como suficientes para que no se hable de la situación con las consideraciones que aquí se exponen. La realidad mayoritaria es tal y como la expresa Myriam Miedzian en el texto anterior, y en base a ella deberemos actuar.

La escuela es un buen lugar para ello, la educación sentimental es un reto que ha de tomar la escuela en el camino de permitir a los varones acceder a una nueva dimensión del desarrollo personal y social.

“La ciencia oficial ha pretendido hacernos creer -por suerte para nosotros, no siempre con éxito- que la afectividad se valora menos que la inteligencia y que son dos facultades disociadas pero quien no involucra a su corazón - o cree que no lo hace- se traiciona a sí mismo y traiciona a las demás personas en cualquier ámbito de nuestra vida. Los sentimientos sean innatos o no, forman parte innegable de la naturaleza humana, son nuestros y ninguna ciencia nos lo podrá arrebatarse jamás. Nuestro corazón está deseoso de manifestar todo el esplendor del que somos capaces los hombres. Cuando dejemos aflorar libremente la razón y el corazón probablemente habremos conquistado nuevas parcelas de libertad y felicidad.”
(BARRAGAN, 2004, págs. 168-169)

El feminismo, con su avance, actualmente ha logrado denunciar la situación de desigualdad, discriminación y subordinación de la mujer al hombre, la denuncia del ejercicio de poder patriarcal del hombre en todos los ámbitos y su repercusión, no sólo en la situación de sujeción de las mujeres, sino también en un tipo de sociedad marcada por la competitividad, la violencia y la ley del más fuerte. También el avance feminista ha desenmascarado la identidad masculina patriarcal, lo que junto con los logros

conseguidos en la incorporación de las mujeres al ámbito de lo público y la reconsideración de su papel de subordinación, ha provocado que los varones vean tambalearse sus mecanismos de poder. Por otro lado, el hombre no tiene claro cómo incorporarse de una manera coherente a la nueva sociedad más democrática y justa que se construye con estos cambios y de nuevo se siente impotente ante la imposibilidad de adaptación. Su carácter inmovilista, prepotente y obligado a mostrar fortaleza y seguridad como manera de afianzar su identidad “masculina”, le lleva a una huida hacia delante. Los jóvenes y muchos adultos buscan seguridad en radicalizar sus adhesiones a la “mística de la masculinidad”, así se siguen produciendo asesinatos por malos tratos o surge una nueva crítica a las mujeres y chicas que reivindican nuevos espacios de libertad. A la vez que los chicos se revelan más en las instituciones escolares, en las que antes eran los protagonistas absolutos y ahora van pasando a segundo lugar, detrás de las chicas, estas tienen mejores resultados académicos y un comportamiento más adaptado al contexto. En este sentido, se camina hacia “una proletarización de los varones y una intelectualización y capacitación de las mujeres” (PESCADOR, 2004).

Como ya ocurrió durante la revolución francesa, los hombres vieron peligrar sus privilegios con la llegada del concepto de ciudadanía, su reacción fue excluir a las mujeres de esa consideración; se les robó la ciudadanía para seguir recluyéndolas en los hogares, fuera del ámbito público. Esperemos que ahora la reacción sea sólo el proceso de adaptación a una nueva masculinidad más equivalente a la feminidad. La educación tiene mucho que hacer en este campo. Proyectos como el anteriormente citado Arianne han demostrado que la mentalidad está cambiando, que existen algunos avances en el alumnado masculino y femenino de nuestros centros de secundaria, pero que estos avances son débiles aún. De cualquier manera, existen experiencias escolares suficientes como para alumbrar un camino exitoso

Somos muchos y muchas los docentes que venimos trabajando desde planteamientos coeducativos. Hasta ahora el mayor esfuerzo se ha desarrollado orientando las acciones hacia las niñas, había que mostrarles que tenían derechos, había que conseguir que tuvieran autoestima y confianza para emprender caminos que se les había negado, había que ayudarlas a descubrir que la presencia de las mujeres en todos los ámbitos sociales y a través de la historia ha sido indispensable pero que siempre por el hecho de ser mujeres se las había minusvalorado cuando no invisibilizado.

Todos estos esfuerzos se han mostrado ante los niños como una necesidad de justicia social hacia las niñas, como una necesidad que genera igualdad, pero las acciones que se han llevado a cabo no han tenido suficiente repercusión, porque los niños se han sentido ajenos al proyecto de transformación, han mantenido una posición de espera, como si esperaran a que las niñas llegaran al estatus de los niños,

En esta situación han percibido el cambio como una pérdida de privilegios, no como una oportunidad de transformación personal en búsqueda de una nueva forma de ser más igualitaria y justa, más pacífica y saludable.

Ahora sin dejar de atender a las niñas en la misma línea de trabajo, hemos de trabajar también con los niños, hemos de hacerles ver que no se trata sólo de cambiar la situación de las mujeres, que se trata de construir un nuevo tipo de sociedad en la que el modelo de masculinidad y el de feminidad deben reconstruirse o deconstruirse. Deben de pensar en un modelo de sociedad en la que ambos tengan más oportunidades de realización personal y de desarrollo libre y solidario, deben buscar la complementariedad respetuosa con la voluntad y necesidades de cada uno y cada una.

Para ello, hay conseguir que el niño descubra cómo el patriarcado ha construido no sólo un modelo de feminidad dependiente y subordinada a la masculinidad, en paralelo también ha construido una masculinidad arquetípica, caracterizada por acentuar en él unas formas de relación y unas actitudes ante la vida y los conflictos muy negativa para su salud mental y física y para los demás, y especialmente para las mujeres y los más débiles.

Debemos intervenir de cara a los niños para que descubran cómo:

- Se les ha limitado para exteriorizar las emociones y sentimientos. Y esto le provoca impotencia ante las necesidades afectivas, ira y estrés.
- La idea de que los hombres son responsables ante todas las situaciones les genera ansiedad y un estado de alerta que les vuelve irascibles e infelices,
- Se les obliga a enmascarar sus miedos, su sensibilidad, a generar una imagen de sí mismos que responda a las expectativas de lo que los demás esperan de “un hombre”, con lo cual siempre están solos ante sus

contradicciones que se viven como una insatisfacción consigo mismo, en continua lucha por responder a las expectativas .

- Se les ha forzado a vivir aceptando el riesgo, la agresividad y la violencia como manifestaciones de la valentía masculina, del espíritu aventurero y de la competitividad. Esto conlleva una serie de prejuicios sobre ellos que se manifiestan claramente en los siguientes datos:

- Fracaso escolar...70% es masculino
- Población penitenciaria....90% es masculino
- Suicidio.....80% es masculino
- Muertes tráfico....80% es masculino
- Adición a juegos, ordenador, internet..95%. es masculino
- Dislexia...85% es masculino
- Muertes accidentes laborales..¿?

- Se les ha convencido de que la seguridad y disciplina se muestran con la cerrazón y la actitud de intransigencia ante las posturas y necesidades individuales. Esto les impide llegar a ser aceptado por los demás como alguien cercano y abierto.

Hay que Mostrarles la existencia de grupos de hombres igualitarios que sirvan de modelos o referencia de algo que es real. Y sus actividades y preocupaciones.

Para llegar a incidir en ellos de forma eficaz y que estos mensajes se conviertan en aprendizajes y experiencias significativas habrá que trabajar con:

- Métodos alternativos de resolución de conflictos y de trabajo asamblearios y deliberativos.

- Frente a la competitividad que persigue la conquista y la búsqueda de un lugar en la jerarquía, métodos cooperativos en los que el esfuerzo colectivo y la empatía sean el motor de la resolución de conflictos y el logro de objetivos.

- Frente a la predominancia absoluta de “la razón” y la lógica fría y sistemática, despersonalizada y ajena a los sentimientos e individualidades, habrá que idear formas de acentuar en ellos la empatía, la sensibilidad y la

consideración de las individualidades como un argumento más a tener en cuenta a través de la educación emocional.

- Frente al afán por lograr servilismos y posesiones, habrá que lograr que descubran la magia y la satisfacción del sentirse útiles y proveedores de servicios, de cuidados y de entrega. Saborear la paz interior y la satisfacción de sentirse aceptado por los demás por actitudes de servicio a lo comunitario y a los demás. El trabajo de responsabilidades que emanan de las asambleas son una buena herramienta.

Para ello los docentes tenemos que desarrollar un gran esfuerzo por construir, diseñar y crear materiales y actividades, experiencias y proyectos que nos permitan llevar al aula todo esto acompañado de una visión positiva , como una ganancia para niños y para niñas, una visión ilusionada, esperanzadora y feliz. Una actitud positiva que no genere inseguridad, complejos de culpabilidad y exageradas identificaciones con la culpabilidad. sentimiento de acoso y pesimismo catastrofista.

Pero el aula se nos muestra como insuficiente, si no logramos implicar a las familias en esta empresa, nos ocurrirá como ha ocurrido al centrar el trabajo coeducativo sólo en las niñas. La casa es un buen laboratorio para experimentar todo, tanto los servicios a los demás al campo de lo físico y material como en lo afectivo y lo emocional. La corresponsabilidad y la vivencia de experiencias cooperativas e igualitarias se pueden desarrollar como en un campo de experimentación a través de contratos de trabajo sobre la asunción de responsabilidades en casa. para ello hay que contar con las familias, esa iniciativa nos permitirá trabajar de cara a los niños/as y de cara a las familias.

Este trabajo está extraído casi íntegro del capítulo 2.2.4 de la Tesis Doctoral leída en la Facultad de Ciencias de la Educación de Málaga en septiembre del 2007. Su título es “La imagen de las mujeres en las coplas flamencas: análisis y propuestas didácticas”. El autor es el mismo que suscribe este Miguel López Castro.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- MIEDZIAN, MYRIAM (1995). Chicos son, hombre serán. Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia. Madrid, horas y HORAS.
- LOMAS, CARLOS (2004). "¿Los chicos no lloran?" , en LOMAS, CARLOS (Compilador) *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona, Paidós Educador, págs. 9-34.
- PÉREZ, ÁNGEL (1998). La cultura escolar en la sociedad neoliberal. Madrid, Morata.
- BARRAGÁN, MEDERO (2004)."Masculinidades e innovación educativa: de la homofobia a la ética del cuidado de las personas", en LOMAS, CARLOS (Compilador) *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona, Paidós Educador, págs. 147-172.
- PESCADOR, ERICK (2004). "Masculinidades y adolescencia", en LOMAS, CARLOS (Compilador) *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona, Paidós Educador, págs. 113-146.
- SEIDLER, VICTOR (2000). La sinrazón masculina. México. Universidad Nacional Autónoma de México, Paidós.
- RIVERA, MARÍA MILAGROS (2005). La diferencia sexual en la historia. Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia.

Miguel López Castro